

SOBRE EL MATERIALISMO DE DARWIN EN "EL ORIGEN DE LAS ESPECIES" EL PROBLEMA DE LA ESPECIE ANDREU BERGA

Frente a un problema caben dos actitudes: la del que, convencido de la entidad del problema, intenta dar con la solución y, por el contrario, la del que, sin ese convencimiento, pretende demostrar que no existe, de hecho, tal problema. Esta fue la posición de Darwin respecto al tema de la especie. Darwin puso en claro que no hay ni puede haber especies, entendidas como unidades naturales concretas, si la teoría de la evolución es verdadera (y sobre este punto no abrigaba, por supuesto, la menor duda).

El concepto de especie que estaba vigente cuando Darwin inició sus trabajos era el que había establecido Linneo en su *Systema Naturae*, cuya primera edición apareció en 1735¹. Linneo destacaba dos características de la especie: su constancia y su objetividad, esto es, su acusada delimitación. Contrariamente a lo que pudiera parecer a primera vista, el concepto linneano de especie supuso un gran paso en el camino hacia una teoría de la evolución, ya que contribuyó de un modo decisivo a eliminar la creencia largo tiempo mantenida en la generación espontánea y en la transformación casual de una especie en otra, incluso para los animales y plantas superiores. Como acertadamente escribe Zirkle: "*La teoría de la evolución presupone, claro está, que las especies son mutables, pero la mutabilidad en sí no implica evolución. Las especies deben poder no sólo cambiar sino cambiar de una manera ordenada y con unos límites sistemáticos razonables, antes de que puedan ser dispuestas en una secuencia evolutiva*"².

- (1) Es, sin embargo, la décima edición (1758) la que está considerada como el fundamento de la moderna sistemática.
- (2) ZIRKLE, Conway: "Species before Darwin" *Proc. Amer. Phil. Soc.* 103(5), 1959, págs. 636-637. La traducción es mía.

La única subdivisión de la especie que admite Linneo es la variedad. Una variedad es algo que se aparta del tipo de la especie. Linneo confundirá, así pues, bajo un mismo concepto una serie muy distinta de fenómenos, en especial, las variantes individuales con las razas geográficas o subespecies. Darwin, sin embargo, supo diferenciar y aplicó el término "variedad" a la raza geográfica o subespecie³. Entendida en este sentido, la variedad siempre implicaba comunidad de origen; la especie, por el contrario, exigía un acto de creación. Había, pues, una frontera infranqueable entre esas dos categorías, semejante a la que para Aristóteles y los escolásticos se levantaba entre el mundo sublunar y el supralunar. Galileo y los restantes creadores de la física moderna demostraron que no existía tal separación de mundos, ya que era posible explicar todos los fenómenos físicos del cosmos mediante unas mismas leyes: las que gobiernan los hechos más vulgares de nuestra vida cotidiana. En otras palabras: esos autores llevaron a cabo la reducción del mundo supralunar al mundo sublunar. Algo análogo realizó Darwin. En su tiempo era comúnmente admitido el origen evolutivo de las variedades, por la acción de "causas secundarias" o accidentes que nunca alteraban en su esencia el tipo de la especie. Lo que probó Darwin fue, precisamente, que esas causas llamadas "secundarias" también explican la formación de las especies. Y la explican porque entre variedad y especie no hay sino diferencias meramente cuantitativas. No existe la unidad sustancial denominada "especie" sino un continuo que va de grupos menos diferenciados a otros grupos más diferenciados. De este modo Darwin reduce, de hecho, la especie a la variedad a la par que diluirá los milagrosos actos de creación en unas leyes perfectamente naturales.

El hecho decisivo que llevó a Darwin a negar la realidad de la especie fue la existencia de numerosas formas dudosas, formas para cuya clasificación "*la opinión de los naturalistas de buen juicio y larga experiencia parece la única guía que seguir*"⁴, formas, en fin, tan problemáticas que exigen en muchos casos decidir "*por mayoría de naturalistas, pues pocas variedades bien caracterizadas y bien conocidas pueden citarse que no hayan sido clasificadas como especies por, al menos, algunos jueces competentes*"⁵. No es extraño, por lo tanto, que Darwin llegase a la siguiente conclusión: "*Considero el término de especie como un término dado arbitrariamente, por razón de conveniencia, a un grupo de individuos muy semejantes entre sí, y que no difiere esencialmente del término variedad, que se da a formas menos precisas y más fluctuantes*"⁶. El convencionalismo en la clasificación, absolutamente herético para los linneanos, debía resolver, según Darwin, no pocas dificultades y, en especial, liberar al sistemático "de las infructuosas indagaciones tras la esencia indescubierta e indescubrible del término especie"⁷. Con razón se ha podido ver

(3) Según Mayr (v. *Especies animales y evolución* Barcelona: Univ. de Chile y Ediciones Ariel 1968, pág. 496), Darwin no dejó de hacer un uso ambiguo del término. En cualquier caso, este uso sólo tendría importancia como una de las causas posibles que explicarían la incapacidad de Darwin para reconocer el papel del aislamiento en el proceso de formación de especies. En el contexto que aquí nos interesa (la relación entre variedad y especie) no creo que hubiese ambigüedad alguna. Puedo mantener, pues, mi afirmación sin mayores reparos.

(4) DARWIN, Ch.: *El origen de las especies* Madrid: EDAF 1980, pág. 90.

(5) *Ibid.* La letra cursiva es mía.

(6) *Ibid.*, pág. 95.

(7) *Ibid.*, pág. 477.

en Darwin el Locke de la biología⁸.

En fin, el tratamiento darwiniano de la especie no tiene únicamente el aspecto de crítica destructiva que se desprende de la exposición anterior. Al eliminar la especie como **intensión**, Darwin deja paso a la interpretación **extensional** de la categoría, esto es, a la especie como clase de clases o, mejor dicho, como clase de poblaciones. De este modo contribuirá decisivamente a la introducción del pensamiento poblacional, en biología⁹, "la máxima revolución conceptual"¹⁰ que ha experimentado esta ciencia. Sobre esa base la especie podrá recuperar hoy su antiguo rango de realidad objetiva sin que por ello deba perder el carácter dinámico que la teoría de la evolución exige.

(8) Véase FLEW, A.: *A rational animal and other philosophical essays on the nature of man* Oxford: Clarendon Press 1978, pág. 22.

(9) Hay que notar, sin embargo, que ni siquiera Darwin pudo sustraerse por completo a la influencia del pensamiento tipológico. Sus estudios sobre variedades y especies manifiestan, como advierte Mayr (véase MAYR, E.: *Op. cit.*, pág. 22), esa influencia.

(10) MAYR, E.: *Op. cit.*, pág. 21.